

LAS PASCUAS
DE PAPA NOEL

por

HILDEBRANDO
CASTRO POZO

I

Llamaron. La merienda estaba servida; y, cuando los pequeños comensales miedosamente fueron llegando a sentarse al rededor de la mesa, ya mamá Sabina y papá Juan, la blanca servilleta prendida al pecho, disponíanse a tomar la sopa.

—A su sitio niños, cada cual a su sitio, y ponerse la servilleta para que no se manchen. A ver, mira tu Conce, ayúdale a ponerse la servilleta al niño Pepe.

—Ya me la sabo poner yo, mamacita.

—Y yo también, sin hacerle ñudazo, así, metiéndomela entre el cuello...

—Jesús! Será para que con ella te seques el sudor... Bonita tu servilleta!; contestóle Carmela, una vivaracha perinola, a su hermano Antenor, con quien siempre andaba riñendo.

El papá, limpiándose los bigotes miróla muy serio y hablóle amablemente.

—Si tu hermanito no sabe ponerse la serville-

ta, tú que eres ya grandecita, estás obligada a enseñárselo.

Calló la charla; el ruido del cuchareo retintineó monótono. Conce fué y volvió retirando los platos; la luz llenaba de claridad auroral la blanca estancia y los cristales del aparador reflejándola, parecían florecer plateadas estrellas.

—Oye papito, interrogó Carmela; y quién es ese papá Noel, que dicen las niñas de mi colegio que la noche buena viene donde los bebecitos que se han portado bien y les trae juguetes?

—Ese no es Noel, dijo Antenor, ¿verdad papacito? El Niño es quien pone los juguetes.

—El niño Dios, que la noche de Navidad, hace muchos años, nació en un pesebre, como un pobrecito cualquiera, contestó doña Sabina, y también papá Noel. Ambos ponen los juguetes.

—Pero tú no me has dicho antes eso, mamacita, sino que era el Niño quien ponía entre los zapatitos los juguetes.

—Me he olvidado.

—¿Y quien te ha dicho eso?

—Las niñas de mi Colegio...

—Pesh!, exclamó don Juan, chupando deleitosamente un cigarro. Esas son costumbres antiguas, tradicionales...

—Que es hermoso que los niños no las olviden y los papacitos buenos sepan conservarlas. La ilusión, aun cuando sólo sea en la niñez, debe cultivarse, Juan.

—Si no es malo.

—Y quién es, pues, ese papá Noel, papacito?

—Pues ya verán; me ha contado tu mamá que Papá Noel es un Rey de Oriente; un rey mago que también vino guiado por la famosa estrella. Vino, digo, con el propósito de adorar y quemar incienso al Niño Dios que había nacido en Betlem, la noche del 24 de diciembre; pero que, habiéndosele cansado en el desierto el camello que montaba, no pudo llegar a tiempo, pues cuando reemplazó su balgadura el Niño ya había emprendido viaje, huyendo de la persecución de Herodes. Por lo que el Rey o Papá Noel de entonces comenzó a recorrer el mundo a fin de cumplir el propósito que se ha hecho, de llegar a las casas en donde hay niños, la noche del 24 de diciembre, y, en conmemoración del Niñodios que no vió, obsequiar con juguetes a los pequeñuelos a quienes visita.

—Y qué viejo estará, no papacito?

—Ya lo creo, como que tiene mucho más de veinte siglos.

—Pero oye papacito; Laura, la niña esa de quien te hablé, hoy me ha porfiado como una hora, asegurándome que Papá Noel y el Niñodios no son los que ponen los juguetes, sino los padres de uno: tú o mamá.

—Qué disparate, exclamó doña Sabina.

—¿No es verdad papacito?

Don Juan dió una más fuerte chupada a su cigarro y arrojó, sonriente, una enorme bocanada de

humo blanquisco que ascendió en torbellino hacia las bombas de la araña, que ardían como gigantes-cos aromos de dorado corazón.

—No es verdad; eso no puede ser así; la cuestión es que las niñas, a esta edad, ya quieren saber más que las personas mayores.

—Yo así se lo he dicho; pero Laura se empeña en asegurarme que ella ha visto a su papá poniéndole juguetes dentro del calzado.

—Es posible. Sin duda es una niñita que sabe demasiado para su edad y por eso el niño se olvidó o no quiso darle ni un muñeco.

—Aunque, como dice la Madre, sentenció doña Sabina, papá Noel puede tomar la forma de los padres.

—Deveras, no mamacita?

Don Juan continuaba fumando y como percibiendo las formas de una visión angelical entre la humareda. Doña Sabina ordenó:

—A ver, ya acabaron? Hay que agradecer a Dios por habernos dado de comer.

Arrodiláronse los niños en sus asientos, piegaron sus manitas sobre el pecho y de sus labios elevóse la oración.

“Bendito y alabado sea el Señor, que nos ha dado de comer y nos ha dejado llegar a esta hora, sin merecerlo...”

Don Juan, después de lavarse las manos enjugóselas despaciosamente y salió del comedor. Los niños aún mumuraban el “Bendito”.

II

Noche de Navidad, obscurecida y ventosa. Los alazos del viento se rasgaban en el enzincado mo-ginete de la casa; de vez en vez los cohete-cillos y petardos atronaban el espacio sordamente; arpegios de guitarras y cantares serenateros, matracas, pitos y repiqueteos de argentinas campanas anunciaban el nacimiento del Niñodios.

En la amplia sala de mueblería tapizada de rojo, adornadas las paredes con algunos cuadros y dos chineros con retratos y algo-tras preciosas chucherías, don Juan y doña Sabina leían los periódicos y revistas venidos en el último correo. Por el ancho ventanal de hacia la calle penetraba a la estancia el bullicio y la algazara nochebueneros. Un pianito ambulante desafinaba en la vecina calle un tango bullanguero. Explosionó una camaretá. Doña Sabina se levantó.

—Son las doce, dijo, y están “llamando”; quieres Juan que vayamos a la “Misa del Gallo”?

—No, hijita, esas son cosas de muchachos, mejor es que durmamos.

—Cómo! y no esperas a que el Niñodios ponga a tus hijos los juguetes que debe haberles traído?

—Aún no les ha puesto?.

—No; se han acostado desde las seis de la tarde, pero hasta hace poco Carmelita estaba despierta, pues me parece que se ha propuesto ver esta noche al Niño o Papá Noel cuando esté en la operación de llenarle los zapatos de juguetes.

—Tiene razón; de la verdad hay que conven-
cerse y no creerla a puerta cerrada.

—Tú también tienes la culpa de que la ñaña es-
té así. Ya te he dicho que en la familia es tradi-
cional la costumbre de que Papá Noel ponga jue-
tes, y a mí me ha puesto hasta la edad de catorce
años.

—Ya hemos hablado largo acerca de ello y no
conviene que volvamos a reanudar aquella discu-
sión.

—Vamos a ver a los niños.

—Vamos.

En la pequeña estancia, llena de luz y con las
cujitas, velador y lavatorio de los niños, estos char-
laban alegremente. En la cabecera de cada cama,
lustroso y bien cuidado, brillaba sobre una silla el
calzado de los pequeñuelos. Carmela sostenía la con-
versación.

—Bueno niños a dormir, ya es hora de dor-
mir, díjoles doña Sabina, y les apagó la luz.

A poco rato cesó la conversación y los varonci-
tos quedáronse dormidos; sólo Carmela, desvelada por
la curiosidad, debatíase en el lecho, presa de angus-
tiosa nerviosidad.

—Si sigues así, le había dicho su madre, todo lo
vas a perder; porque no es posible que seas tan cu-
riosa ni que la malicia te haya hecho tanto daño en
el corazón. Yo creo que al paso que vas, este año
el Niño o Papá Noel no te van a obsequiar juguetes.

—Sí, ya es tarde; debes de dormir niñita, agregó el papá.

Pero, sea que Carmelita hubiese querido conocer al Niño o sorprender a papá Noel poniéndole juguetes, o sea también que quería convencerse del papel que sus padres desempeñaban en aquel acto, lo cierto es que habíase terminado la Misa de Gallo, reventado el castillo y hasta la misma algazara de la calle comenzaba a menguar y, sin embargo, la pequeña Carmela continuaba despierta, desvelada, sentándose sigilosamente al menor ruido, tanteando en la obscuridad los vacíos zapatos, signo de que aún no había pasado por la calle de su casa ni el Niño, ni papá Noel.

Y en el reloj vecino dieron las dos de la mañana y don Juan impaciente, consultó el suyo.

—Cáspita! y la pequeña aún no se duerme y quizá si el Niño la va a dejar sin juguetes.

Salió la madre a dar las últimas disposiciones. Toda la servidumbre dormía.

La pequeña Carmela era la única que velaba.

Al acercarse doña Sabina para ver si se había puesto su ropa de noche, miróla abrir los ojos e incorporarse en la cama cuando salía.

Ladró el perro en el patio; alguien pasó templando una guitarra; una explosión de coheteillos alborozó el espacio bullangueramente.

Dieron las tres y media en el reloj público.

Doña Sabina, de la puerta de la sala oteaba entre la negra obscuridad del patiecito una sombra

cautelosa y como encorvada que, pegándose a la pared, dirigíase hacia el cuarto de los bebés.

Contemplóla gozosa y saboreó en el fondo de su corazón la dulce alegría de sus hijos. A poco vióla salir y, rengueando siempre, perderse allá en el extremo opuesto, entre la fronda de los maceteros.

Cuando al rayar el alba Carmela, Antenor y Pepe despertaron y vieron sus zapatos, como pequeños botes, cargados de muñecos, confites, trenes, soldados y pelotas no pudieron reprimir un grito de alegría y de sorpresa, sobre todo la mayor que no se daba cuenta del instante en que entró papá Noel; quien debe haberse puesto zapatos de caucho, pues ni el mismo foxterrier, Duque, que dormía a sus plantas lo sintió.



De: «Actualidad Piurana».— 1926